



RICARDO MIGUEL COSTA

***“ VEDA
NEGRA”***

Poesía
Pez Náufrago

Ediciones Del Dock, Buenos Aires, Abril 2001

I.S.B.N: 987-9061-77-2 Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

EL ENTUSIASMO DE LO FUNDACIONAL

Para hablar del sur, tal vez lo mejor sea empezar por el norte. Esto se basa en el principio de los vasos comunicantes y, más probablemente, en el de la arbitrariedad del que escribe un prólogo. Para hablar de un poeta de la Patagonia (nadie es más de un lugar que el que elige vivir en él) uso como rápida referencia un movimiento literario que se dio a en el norte del país a mediados del siglo XX.

Por esa época, se formaron grupos como *La Carpa*, *Tarja* y algún otro, que abarcaron a todas las provincias del noroeste argentino y que trajeron el propósito deliberado de celebrar al hombre en su paisaje, eludiendo el folklorismo. Esta podría ser la síntesis de sus manifiestos; pero su importancia queda más evidente si se repasan nombres: algunos de sus protagonistas fueron Manuel Castilla, Raúl Aráoz Anzoátegui; Jorge Calvetti, Raúl Galán, Héctor Tizón, el músico Gustavo Leguizamón, los pintores Medardo Pantoja, Luis Pret, y Caribé, los solistas Eduardo Falú y Atahualpa Yupanqui, los grupos folklóricos Los Chalchaleros, Los Fronterizos, etc. Este verdadero despliegue cultural dio un entusiasmo impresionante, tal vez irreplicable, a toda la zona, y en la contundencia de las obras de estos artistas se puede rastrear la sensación que los empujaba: la de estar en el momento fundacional de algo.

Las veces que he ido a la Patagonia, y que he conversado con sus poetas, he tenido la percepción (que espero sea cierta) de que los escritores de esa región están también viviendo el entusiasmo que da lo fundacional. También ellos (es lo que me transmitieron), tienen la vivencia de estar poniendo las piedras basales de la literatura patagónica. Por fortuna (y por edad: los poetas patagónicos que conozco no tienen veinte años), no se les ha dado por negar sus antecesores; finalmente la Patagonia literaria existe desde el siglo XIX (me refiero a la literatura escrita, porque la oral es anterior); y lo que estoy intentando es destacar un entusiasmo y mi percepción del mismo. Como testigo, o a la manera de un notario puntual, quiero dejar constancia de la fuerza creadora y convocante que anda suelta por esa enorme extensión vacía y poderosa del sur.

He tenido oportunidad de leer a muchos poetas que, tal vez sin proponérselo, están configurando, no sé si una generación, pero sí un proyecto. Recuerdo a Juan Carlos Moisés, Cristian Aliaga, Jorge Spíndola, Alberto Fritz, Raúl Mansilla, entre otros, como también recuerdo la obra previa y sostenida de Irma Cuña. Tal vez no haya justicia en soltar unos nombres desconociendo a otros, pero no trato de hacer un inventario de poetas de valía sino, en todo caso, de dar mención de ese entusiasmo colectivo. Es evidente que todos sienten la fuerza de estar en algo fundacional, como ocurrió en el noroeste a mediados de siglo pasado.

En este contexto, la poesía de Ricardo Costa aporta una carga estética particular (afortunadamente, y a pesar del posible grupo, cada poeta es distinto de los otros) y una mirada reflexiva sobre lo que ve.

En primer lugar, su poesía es tan profundamente patagónica que casi no tiene elementos decorativos propios de la región. A la manera del Corán (según la observación de Burton difundida por Borges), no necesita mencionar el camello para probar su procedencia. Pero tiene, en cambio, señales visibles de grandes extensiones y soledad objetiva, como si la geografía estuviese incidentalmente presente en un mundo de observaciones y de reflexión.

Esto se debe a que el hábitat del poeta no está contado desde una versión folklórica local, sino desde su época. No se trata, entonces, de que el espacio enorme, o los vientos cordilleranos, estén vistos desde dentro o desde fuera, aceptados o rechazados por el ojo del que mira, sino de que todo ese paisaje está observado desde la plataforma amplia del que entiende (intenta hacerlo, como todos) el momento que le tocó vivir. Su esfuerzo es de comprensión, a veces de constatación, y esto le da las palabras con las que se incluye en el mundo y saca de él su vivencia estética. Y así llegamos al lenguaje, que es finalmente lo que caracteriza a una poesía.

Lo que más se destaca, referido al lenguaje, es su voluntad de precisión. Podría hablarse de poesía del pensamiento, si no fuera que toda la poesía lo es: aún la más celebratoria, la más lírica, la poesía de ensoñación, tiene que tener, para ser poesía, un pensamiento original sobre el que se sustenta, una idea sobre el arte. Sin embargo, hay un tipo de poesía que, específicamente, finca su elocución y desarrollo en la reflexión: poesía que está más atenta al juego de las ideas que al de las metáforas, y que quiere ser (así se postula) más lúcida que celebratoria. Esta intención puede percibirse al menos en dos aspectos: en el desarrollo del poema, cuyo movimiento avanza deliberadamente hacia alguna conclusión; y en la selección de palabras que, más que cantar, prefieren ser precisas.

Y este es, justamente, el núcleo del trabajo de Ricardo Costa. Su poesía apila premisas y comprobaciones, no teme observar y exponer ideas; saca conclusiones: opina. Para ello, elige las palabras, no por su sonoridad, sino por su significado, y finalmente (puesto que es un poeta) teje la intensidad, dosifica, y nos entrega un resultado emocionado: con una emoción transitiva, que llega al lector. El pensamiento no viene, pues, desistido de emoción: la poesía debe saber comunicar la carga secreta que previamente conmovió al poeta. Ricardo Costa lo consigue con mano segura, y esto, a la vez lo coloca en el centro visible del entusiasmo patagónico, lo incluye entre lo más interesante de su generación.

Santiago Sylvester
Buenos Aires 2001

A *Paula, Sabina, Lucio y Alejo*, quienes algún día preguntarán por ese hombre triste que vivía en su padre y que los amaba dolorosamente; flotando por la casa en una *veda negra* que le nublaba todo.

Un hombre que los contemplaba como esa otra mirada del padre que busca iluminarlos con sabiduría cuando la palabra no alcanza y todo es querer estar cuando más se lo necesita, cuando no hace falta indicar el rumbo.

I

VEDA NEGRA

*Esas cosas que nadie entiende, que se entristecen
porque sí; y no se entiende. Hablo de uno, de ese
en una casa de espejos: no se encuentra y ve
que un día empieza a mirarse como si estuviera
en una casa de espejos: no se encuentra y ve
un costado o sólo un perfil de sí mismo. Y
se entristece y no entiende y no se entiende.*

JORGE GARCÍA SABAL

GÉNESIS

Amado por los harapos de la lluvia.

Nutrido por la tierra.

Protegido por el ardor que guarda la palabra
amarrada a la pasión.

Él entiende que no tiene oportunidad de renunciar
al cuerpo del silencio porque la palabra le ha hecho saber
que él es la cruel encarnación del deseo: el fuego hundido
en la sangre, el trapo embebido en vinagre que recibe la boca,
los ojos que ahora se entreabren desde arriba del madero para ver
quién es el del trapo, quién es el que se deja estar sobre la tierra
y permanece a mi lado así, con fuego, bajo la lluvia.

VEDA NEGRA

Vi al ciego buscando agua entre el polvo
de la luz.

Ir con las manos al frente para tantear objetos familiares,
medir figuras, recortar paisajes vivos, hacer el retrato hablado
de una pintura que se aplaude desde lejos y que es aclamada
por los ojos del poeta, por la laboriosa mano que guía la lámpara
para comprobar los límites de la sombra.

Un pozo mudo que se deja alumbrar para que el ciego
trabaje la palabra sin ser visto.

VELOCIDAD CRUCERO

a Cristian Aliaga

El pensamiento se queda con esta imagen:
un pedazo de ropa clavada en el alambrado
y sacudida por el viento.

El ojo es ambicioso.
Se queda con la curva que forma la ropa en el aire.
La púa del alambre tiene mucho de lenguaje.
Se aferra a cada fleco del trapo
como la palabra a la idea
que está próxima
a rasgarse.

El alambrado se continúa poste tras poste
y la distancia entre pensamiento y lenguaje
se borra en el último punto de la ruta.
Una recta en el desierto no dice nada
porque ahora la distancia se ha convertido
en un plano donde todo es lejano,
donde todo está por suceder,
mientras el pensamiento transcurre
en la mirada del que conduce.

Este trapo fue la vestidura de alguien que alguna vez
también condujo por esta desolación y que también
tuvo un pensamiento alambrado por el lenguaje.
Entonces, el tiempo real del pensamiento
no es la púa que desgarró el trapo
ni el viento colgado en una curva.
Es la mirada del que conduce
buscando en el horizonte
un lenguaje a donde
llegar.

PUNTOS DE VISTA

La forma más sencilla de celebrar una fundación es marcar un punto junto al vacío.

Un punto es una partícula del todo imponiéndose sobre la nada.

Un punto establece el origen de todas las formas que caben en el universo, y el universo se mueve sobre una sucesión de puntos encadenados en el espacio.

Sobre uno de estos puntos estamos nosotros.

Abrazándonos y girando en un vacío que nos mantiene flotando sobre un silencio absoluto.

Pero lo mejor de esto no es el silencio ni lo absoluto.

Lo mejor de esto es que nadie sabe que flotamos porque obedecemos una ley fundamental.

Creo que ese es el punto: flotar abrazados a la idea de la nada mientras los cuerpos se mueven y la fundación se convierte en un acto de amor junto al vacío.

PAPAS Y CUERDAS

El hijo ha dejado de comer por mirar al padre.
La mirada del padre, perdida durante la cena,
atiende la lectura de una voluntad muerta:
su cuerpo moviéndose (en una noche que no es
esta) contra el de una mujer desnuda
entre almohadones.

El padre reclama ese recuerdo porque es un padre
cargado en un cuerpo que flota y la memoria
le aprieta como un nudo de humo, como una
cuerda de cartón: frágil al aire, a la lágrima,
a la mínima disputa por separar al cuerpo
de la memoria.

El padre resiste mientras el hijo corta la carne
y las papas caen del plato.

Ambos buscan el alimento por debajo de la mesa.

El hijo sigue las manchas de grasa para llegar
a lo que quiere.

El padre entrega el cuello a lo que ya no puede verse
y busca, amparado por las manos, lo que antes
se mostraba más alto.

CAFÉ NEGRO

Los amigos dicen que él ya no es el mismo.
Eso lo hace parecer más viejo, más triste
a la hora de mojar el último pedazo de pan
en el café y quedarse contemplando la taza
vacía, la casa y la ventana.

Su rostro expuesto a la degradación del paisaje
hace parecer lejano el momento del agua caliente
mezclándose con el café: la cuchara batiendo
el azúcar, el pan sopeado, los amigos diciendo.

Parece poca cosa no ser él mismo si se considera
a un tipo encerrado con una taza fría, mirando
por la ventana y preguntándose ¿Qué era él
antes de ser él mismo?
¿Quién era la noche anterior cuando regresaba
con la bolsita de Nescafé y el tiempo
(que aún no era de los amigos)
lo amparaba en la tibieza
de lo que iba a beberse?

Definitivamente, los amigos ya no son los mismos
y él se apiada de sus tristezas como la mano
que palpa una herida y calla
la gravedad del asunto.

LECTURA

Prueba con atención este clima alzado de la noche.
El viento hincha el paisaje y sopla copos de polvo
en la boca.

Aquí, tu silencio y la noche apenas se sostienen.
Dos almas separadas en el mundo y recorridas
por una escritura que obliga a la lectura
de un resumen inconcluso.

El polvo hecho copo habla de la fragilidad,
de la liviandad del mundo para volverse sabor
en el silencio.

Ahora, en algún lugar de este mundo, una mujer
que te conoció y que también mastica ese viento,
se ha quedado cocinando legumbres en la casa.

Ella revuelve el agua caliente mientras su corazón gira
en algún lugar de la noche, inflamado por el recuerdo
de sus ojos, por el paisaje de su alma volcada
al rumoreo del hervor.

Ella sabe que el secreto de su arte está en el paisaje
de tu boca y eso te preocupa.

Aunque el resumen de lo vivido sea ese viento que separa
almas durante la noche, el paisaje siempre será el mismo
y eso es suficiente para morder el polvo con un cierto ánimo
de ternura o de amor por ciertas lecturas inconclusas.

DISTANCIA MÍNIMA

Elige el fuego para borrar su historia.
Quiere ser recordado desde el ardor, no desde los cabellos tibios de la ceniza.
Pretende el infierno, por eso elige el frío, la carne cruda, la sombra del duelo, las manos muertas sobre los papeles.
Tiembla. Hace de las llamas sordera del pasado. Abriga su sacrificio. Apoya el arma y dispara. Cae su cuerpo por última vez y alumbra. Hace luz. Sólo luz apagando las llamas. Quemazón de restos despidiéndose de a poco. Desintegración natural del fracaso. Anonimato purificador. Sepultura muda. Humo quieto. Tiempo raso
Silencio: vacuidad del ser .Distancia mínima a la nada. El cuerpo ya no existe. La sangre es vapor. Sólo el ojo, antes de cerrarse, cree ver fuego en algún lugar de la noche.

ACÚSTICA

Lo viejo, cuando se mueve en algún lugar
de la memoria, repite el penoso crujir
de un hueso enfermo.

Esta noche, tu pierna abrazada a mi pecho
representa la salud perdida de ese enfermo
perpetuándose en la cama.

Sin considerar siquiera la gracia del instante.

No tomando en cuenta el peso de la palabra viejo.

Haciéndose fractura expuesta, mostrando dos posibles
fragmentos que, de ser necesario olvidarlos,
se golpearían entre sí sin producir
un solo sonido.

HIPÓTESIS

La melancolía es el entendimiento barato
de una filosofía que heredamos aproximadamente
a mediana edad.

Vamos de una pasión a otra, de un territorio al otro
del alma, de un principio a otro del pensamiento,
sin saber si esa conducta errática tiene que ver
con la edad o responde a una teoría
de la supervivencia.

Los desafortunados en el desierto, o los extraviados
en la montaña, buscan siempre algún indicio
de presencia humana para recuperar la fe.

Mientras tanto, continúan perdidos en la misma desolación
pero intentando ver lo que el deseo configura
como su salvación.

Yo tengo bastante de esa pobreza heredada.

Cuando la soledad se instala para obligarme a formular
una hipótesis sobre el particular, voy al río y arrojo
una rama a la corriente.

Allí comprendo que Heráclito no amaba las evasivas.

Entonces bebo un poco de ese río y sé que soy parte
de ese elemento: cuerpo de la molécula
que sostiene a la madera.

Espiral de remolino que desaparece todo a la vista
de quien intenta ver alguna señal.

NICOTERA MARINA

Recuerdo un borde de piedras alineadas sobre la arena
y el trabajo del océano cubriéndolas por completo
en menos de una tarde.

Sin embargo, no consigo retener el rostro de la mujer
que estaba conmigo ni recordar qué fue de ella
después del verano.

Entiendo que la tierra y el agua suelen ser elementos
devastadores y que juntos podrían borrar
toda sospecha de un mundo enfermo,
de una consagración del hombre.

Yo, de acuerdo a los regentes del zodíaco, soy fuego,
y como tal, no puedo leer con claridad las señales
del mar ni aceptar la pasividad de la tierra.

Tal vez la obsesión por vislumbrar un pensamiento puro
acabe a estas horas en el reflejo de aquel episodio
en la playa: los elementos complementándose,
hundiendo la dirección de una línea
de razonamiento.

Sólo el aire aproxima de vez en cuando los rasgos
de aquella mujer que volvía una y otra vez
a desenterrar cada una de las piedras,
intentando reconstruir lo que ya estaba
encadenado a la memoria.

Mientras tanto, el fuego del espíritu me permitía
reconocer por un instante su rostro y me daba
a entender que así estaba todo bien,
muy bien,
y que ya era suficiente.

- 17 -

II

CALMA HUNDIDA

*Busco tu suma, el borde de la copa donde el vino
es también la luna y el espejo,
busco esa línea que hace temblar a un hombre en
una galería de museo.*

JULIO CORTÁZAR

ESTADO ABSOLUTO

El deseo es entrar en la carne para compartir un estado de gracia absoluto y aceptar el pleno aislamiento del espíritu sobre la materia.

Ondular el movimiento de las partes justas del cuerpo.

Asumir el fervor de la tormenta que progresa en temperatura y volumen.

Apurar ese gemido entrecortado que pide todo y cada una de las partes que te abren para rogar la entrega final de ese estado en una sola palabra impronunciable , ilegible, ahogada por el éxtasis y enterrada lo más adentro posible.

Allí, sólo en ese último instante, la tempestad del ser se derrama en otro y la fatiga resuelve componer materia y espíritu haciendo del goce un estado natural lleno de gracia.

RUTA CÁLIDA

La lengua comienza a poseerte desde el cuello
y baja por la espalda hasta rodear
la hondura de tus piernas.

Esa carne es la ruta más cálida que puede intentarse
a espaldas de tu boca.

El arte de separar las partes más perversas del deseo
es lo que busca el que da y es lo que espera
el que recibe.

Ambos funden los límites del placer
en una fórmula infalible.

Hacer de esta fiebre húmeda la perdición de una voluntad
que arroja todas sus pertenencias
antes de precipitarse.

ASTRONOMÍA Y GRAMÁTICA

Estoy conforme con la puntualidad que asume la Tierra
en su rotación.

Con la prolija redondez de la luz que envuelve al planeta
todos los días.

A pesar de ello, y de tu exacto abandono de hace
cuarenta y ocho horas, no puedo compartir
la rígida idea de un equilibrio
tan bien logrado.

Como la precisa nota que dejaste el lunes, la cual repite
el mismo tema en cada párrafo sin una falta de ortografía,
respetando cuidadosamente las buenas pautas sintácticas.

Sin golpes bajos, sin elevar reclamos, sin una mínima falta de ternura.
Haciendo rotar al corazón ante cada giro lingüístico y golpeándolo
mercedamente contra los puntos suspensivos finales. Mientras yo,
desde la humedad de la lectura, enjuago cada trazo de su tinta
sin entender cómo la atmósfera es capaz de licuar tanta tristeza.

MÚLTIPLE CHOICE

Existen sólo dos posibilidades para salvar esta situación.

Evitar esa costumbre de entregarnos cada vez que nos deseamos, o cerrar los ojos para que el amor abandone toda intención de hacerse costumbre.

Saber lo que daña al corazón es ser cómplice de un asunto peligroso.

Por eso los buenos amantes siempre recurren al vicio de la metáfora antes de contemplar la naturaleza de sus actos.

Ellos apagan las lámparas, cubren las ventanas del cuarto y permanecen horas en la cama buscando una luz para mirarse.

COMENSALES

Se abren las bocas por última vez.
Se entregan a un lenguaje que comienza
a invadir la carne.

Esa debilidad caliente.
Ese bocado jugoso.

Un lenguaje que arde y vuelve a entrar
para reventar en el espumoso sabor
que frotan las lenguas al rozarse.

Idioma caníbal.
Banquete deseado.
Bocas y cuerpos hablándose desde el hambre.
Desbordándose en la primitiva historia
de los apetitos de la carne.

AFONÍA

Nunca te había matado como hasta ahora.
Jamás había terminado tu vida privándome de nombrar
cada momento ligado a tu presencia, cada evocación nocturna
celebrada en tu boca.
Ahora debo negarte hasta confundir tu nombre con el vacío
que deja este silencio, ya que no identificar lo que se ama
es forzar una agonía más que conducir lo amado
hacia la muerte.
Digo, no hacer nombres.
Lo amado siempre abandonará su lugar para mantenerse a la deriva
bajo un movimiento falso.
Entonces, no se aplicará nombre a toda ánima extraviada
en las aguas de la memoria, porque una muerte segura
es aquella que no tiene nombre.
Así vayas de un lado a otro ofreciendo tu rostro
para que la palabra te pueda.
A pesar de que sepa "*nadar mi llama la agua fría*"¹
y te busque en el dolor del necesitado
para hablarte de lo lejos que estás
sin decir una palabra
que rompa este silencio.

HABLAR DESPUÉS DE LA SEÑAL

Nuestra reconciliación telefónica duró lo que tardó
ese pájaro en elegir su almuerzo, bajar a la plaza
y beber de la fuente.

Ella colgó primero y nada de lo dicho sirvió para algo.
El vuelo del enlace satelital fue más veloz, más costoso
y menos productivo que un aleteo de paloma.

Aún sigo comparando la teoría de sustentación
con el recorrido aéreo que dibujan los entredichos
entre dos que apelan a la tecnología para decirse
algo que los aproxime.

Poco dice de nosotros el hecho de que esta comparación
logre hacer más veloz a las aves, o que dos amantes
terminen almorzando juntos en la plaza.

Lo que sostiene el peso de una verdad es que en realidad
el éxito de la tecnología deja de constituir una comunicación
feliz cuando, agotado por la devolución automática de monedas,
uno termina contando cuántas semillas comió la paloma
o cuántas copas de lluvia bebió antes de retirarse.

ESPECIE EN EVOLUCIÓN

La mano no vacila al ejecutar una orden
debidamente apasionada.

Tus piernas aceptan refugiarme diez
de cada diez veces que esta iniciativa
tiene cabida.

Lo que ahora se mueve por dentro
de cada uno de nosotros

es el eco de una secuencia humana
que nos ha tomado en cuenta
para ser parte de su historia.

En la pasión nadie se opone a los rituales
primitivos de la especie.

Sin embargo, la voluntad animal culmina
cuando la pasividad retorna a los cuerpos
y la duda sobre la eternidad se diluye
en la consagración del tiempo presente.

Implacable en el festejo de la carne que ahora
se corporiza nuevamente en mortal
y se purifica de a dos bajo la ducha.

III

PRESENCIA FÍSICA

*Es imposible escribir algo que no se haya visto previamente,
pues antes de que una palabra pueda llegar a la página, tiene
que haber formado parte del cuerpo, tiene que haber sido una
presencia física con la que uno haya convivido.*

PAUL AUSTER

CLIMA

Nos comportamos según el tiempo.
Ayer, los vientos moderados de superficie
nos mantuvieron alertas respecto a posibles
cambios de la temperatura.
Mi vecino cortó leña de más toda la tarde
y yo lamenté estar solo en un momento
como este.
Hoy la situación es la misma y el leñador
ha comprobado que el calor hace humo
todo el trabajo de una tarde.
Pero a él no le importa porque su mujer
ha puesto a secar la ropa junto al fuego
y ha freído unos bocaditos de manzana.
La dicha y la soledad se comportan de igual manera:
hay que trabajar duro para que la confianza de uno
se quede ahí y no y no se apague.
El humo siempre terminará por hacer su trabajo:
doblar para que el viento tenga un gesto de piedad
para los que estamos solos.
Así la dicha se anuncia según el tiempo.
Escapa por los hogares y vuela en pedazos por el aire
hasta dejar en el ambiente una extraña sensación
de frío y un ligero aroma a frituras.

PÁGINA 48

Es sospechosa la quietud del espíritu
cuando se complace en observarte.
Nada vuelve a comportarse de manera ordinaria
después de tu llegada a la casa.
El libro marcado en la página cuarenta y ocho
mantiene su delgada estaca de cartulina
señalando los puntos clave de una teoría
que ahora, ante tu presencia, parece absurda.
Se trata de leer desde el corazón (dice ella)
De eso se trata toda esta teoría de la quietud.
El espíritu, mi espíritu, es un lector compulsivo.
No bastan las reliquias que puedan atesorarse
impresas en el alma.
Él exige recurrir al autor cuando las obras
ya no tienen respuesta y el autor es una figura absurda
en estos casos.
El espíritu es un lector voraz y no encuentra palabras
cuando una mujer interrumpe de esa manera.
Ella es práctica en estos asuntos del aprendizaje.
Señala el capítulo que debe leerse y yo pongo
con cuidado la flechita de cartulina
para no perder el rumbo.
Mi corazón es un libro permanentemente abierto
en la página cuarenta y ocho.
A veces permanece así durante todo el invierno,
mientras el espíritu busca una razón más
para no seguir creyendo en la importancia
de la quietud.

NÚMERO NATURAL

La geometría del derrotado coincide con la medida huérfana
del hombre que se abandona bajo la lluvia
a esperar su degradación.

La lluvia, en su absoluta gravedad, es perpendicular
a la resistencia de los cuerpos.

Los hombres transportados por el fracaso
son destilados por el agua hasta dar
como número lógico = cero.

Nada queda de este hombre después de la siguiente ecuación.

La derrota no guarda parentesco con la precisión
geométrica, aunque luego de la lluvia
quede borboteando una burbuja impecable,
perfectamente esférica,
ajena a la frialdad
del cálculo.

GOTA

a Jorge Spindola

El rigor del poeta hace que la escritura triture
cada palabra en sí misma.
El poeta entiende que es así como procede la imagen
para adoptar las diversas formas del lenguaje.
Grandes trituradores de la literatura universal han logrado
reventar el lenguaje en tantos pedazos como imágenes
pueden caber en una gota del cosmos.
Yo bebí de esa gota pero nunca llegué tan alto
como para sentir en el aire los vapores del mundo.
Sin embargo, tengo entendido que en los planes
del universo estamos todos involucrados
en la misma condensación.
Algunos están para acompañar con aplausos
los ocasionales estallidos del lenguaje.
Otros para continuar por las noches como hasta ahora:
contemplando las estrellas con la boca abierta
sin tener la esperanza de que ello, algún día,
signifique algo que merezca ser escrito
con un mínimo de rigor.

DEDICATORIA

Corto el extremo más tierno.
Elijo la porción más apetecible
para satisfacer la ansiedad.
Observo la compostura de quienes me rodean
y a ellos dedico este momento.
Asumo las maniobras correctas con los cubiertos.
Mastico cada palabra según el protocolo en vigencia.
Trago lo bueno del manjar porque nadie puede saber
cómo procede uno por dentro para seleccionar
los sabores.
Después música y todos a danzar sin hacer mención
del motivo que nos convoca.
Lo cierto es que la poesía adhiere a este tipo
de celebraciones.
Salvo que uno cree comer lo que no le sirven,
baila una música que nadie toca
y disfruta de una compañía
que aún no se pronuncia.

COTIZACIÓN

Mi hijo, con una moneda de lata que el mismo ha trabajado, tiene decidido alimentar al perro por su cuenta.

Hace tiempo que nadie se ocupa del animal como es debido.

Por eso la mirada del pastor (mientras mi hijo trabajaba el metal con su martillo de madera) parecía agradecer ese gesto a pesar del inminente fracaso de la empresa.

Sucede que la bondad de los inocentes guarda compasión por las criaturas apartadas de la abundancia porque el hambre es una causa indiscutible cuando de afectos se trata.

Por otro lado, acuñar la propia riqueza es una fantasía que nadie cumple. Salvo los niños, para quienes aún la confianza en la fortuna de sus afectos les es fiel.

Después, golpear el metal, redondear los bordes, calcular el tamaño de la superficie, esparte del trabajo. Como lo es mantener en pie su actitud a pesar del fracaso, repitiendo el mismo camino con el mismo perro, sin considerar la devaluación que puedan sufrir su esfuerzo y su confianza en el mercado.

EN PAZ

Visité el cementerio para oír la piedad
de tu corazón y para comprobar
si esa paz es cierta.

No encontré sonido más abrumador que los restos
del ocaso viniéndose sobre las seis de la tarde.

Tal vez la queja de tu muerte sea ese estallido
que se deja oscurecer sobre estos árboles
y nada más.

El resto es una calma hundida que llevo conmigo
y que recorre la sangre a un ritmo callado
para saber dónde escucharte cuando,
tan lejos de lo que quiero decirte,
apuren las palpitaciones.

DE RERUM NATURA

Al margen de la vida doméstica, nos reconfortamos con aquellos síntomas ajenos a la naturaleza de las cosas.

Yo, por ejemplo, me recluyo en la oscuridad de la casa para alumbrar unos pocos episodios del pasado que aún se mantienen a salvo en la memoria.

Favorecido por las sombras, entre penumbras, el tiempo se pronuncia en delgadas fibras de luz que trazan una costura antigua sobre el pensamiento.

La idea de recordar una pérdida a través del destello de una breve sutura, consiste en salvar a la memoria de una cicatriz profunda, de un daño que separe al tiempo en dos lenguajes distintos.

Por otro lado, la búsqueda de una completa oscuridad no conduce necesariamente a la revelación de un lenguaje del pasado porque, más allá de lo que es imposible contemplar, no existe lenguaje.

Aunque los síntomas desaparezcan y la vida doméstica haga que las cosas brillen por su propia naturaleza.

MODO INDICATIVO

Siento debilidad por las huellas de lo ausente,
por las marcas físicas dejadas por objetos y seres
queridos: los pliegues de las sábanas, los garabatos
infantiles, el mango de una pala de juguete
clavada en la maceta.

La ausencia física magnifica la imagen de los afectos,
a pesar de saber que la realidad no determina el abismo
entre poseerlos o desearlos.

La diferencia recae en el impacto que produce el roce
de la mano sobre las huellas de lo ausente.

El tacto nos somete a la violencia del tiempo,
a la depredación del verbo Ser
y a los muchos modos que tiene
de conjugar una debilidad.

CAER

La advertencia alude a la descarga que viene desde arriba,
al bloque que ha sido concedido al arrastre de la Tierra,
a la gravedad por la gravedad misma.

Abajo prevalece la atención dispuesta sobre uno mismo,
sobre la aceleración del desastre inminente.

Nada que hacer por esa enfermedad que no se sufre,
por esa respuesta terminal, casi profética,
prácticamente inevitable cuando

-al precipitarse-

comprobamos que toda una vida es mísera
para proteger un gramo de pasión
abandonado entre tanta ligereza.

ÚLTIMA FIGURA

Hay una franqueza del hombre,
de su lado vulnerable
al inclinar la cabeza.
La manera en que se detiene
y hace caer la mirada
en una parábola lenta.
La no interrupción de esa figura
en decadencia da a entender
que, parte de su altura,
nunca triunfó sobre el resto.
La porción de suelo que contuvo
ese último apagar de los ojos
es un mosaico roto.
Antes o después del fracaso
el golpe no significa nada.
La dificultad está en creer que
antes o después del fracaso
la franqueza del hombre
tenga alguna importancia.

INDICE

I

Veda Negra

Génesis	/7
Veda negra	/8
Velocidad crucero	/9
Punto de vista	/10
Papas y cuerdas	/11
Café negro	/12
Lectura	/13
Distancia mínima	/14
Acústica	/15
Hipótesis	/16
<i>Nicotera Marina</i>	/17

II

Calma Hundida

Estado absoluto	/20
Ruta cálida	/21
Astronomía y gramática	/22
Múltiple <i>choice</i>	/23
Comensales	/24
Afonía	/25
Hablar después de la señal	/26
Especie en evolución	/27

III

Presencia Física

Clima	/30
Página 48	/ 31
Número natural	/32
Gota	/33
Dedicatoria	/34
Cotización	/35
En paz	/36
<i>De rerum natura</i>	/37
Modo indicativo	/38
Caer	/39
Última figura	/40

(Datos de autor en solapa)

RICARDO MIGUEL COSTA (*2 de diciembre de 1958*).

Publicó: *Árbol de tres copas* (Bs.AS, 1988); *Casa Mordaza* (Bs.As, 1990); *Homo Dixit*(Bs.AS, 1993); *Teatro Teorema*(Bs.As, 1996) y *Danza Curva* (Bs.As, 1999).

Sus obras fueron galardonadas en: Bienal Argentina de Poesía, F.N.A 1991; Premio PLURAL, México 1992; Premio Patagónico de Cuento y Poesía, Subsecretaría de Cultura y Fund .Banco Provincia, Neuquen, 1993; Fundación Antorchas, Bs.AS 1995; Premio Fondo Nacional de las Artes 1998, Bs.AS, 1998.

Ha colaborado con diversas publicaciones del país y del extranjero, como así también hizo lo propio con diversas antologías y compilaciones.

En julio del 2000, un jurado presidido por el poeta chileno Gonzalo Rojas otorgó a **VEDA NEGRA** el tercer premio en el **Concurso Iberoamericano de Poesía Neruda 2000**.

Ricardo Costa reside y vive en la provincia de Neuquen, Patagonia Argentina, donde comparte su tiempo entre la docencia y el aprendizaje.

costantu@arnet.com.ar